
TECNOLOGIA, INFORMACION Y DEMOCRACIA

▣ JOSE IGNACIO REY

Nadie a estas alturas puede desconocer los prodigiosos avances que en los últimos años han experimentado las técnicas de la información. Nadie a estas alturas, sin embargo, está en capacidad de medir con precisión la profundidad de las transformaciones que dichas técnicas están llamadas a operar en las relaciones entre los hombres y entre los pueblos. No participamos ciertamente del optimismo simplista de quienes piensan que los avances técnicos, en este campo como en otros, conducen automáticamente a un progreso social efectivo. Y esas reservas nuestras tienen mayor fundamento en cuanto nacidas desde la óptica deprimida de esa inmensa parte del mundo que es víctima inveterada del subdesarrollo y de la dependencia.

No pretenden las reflexiones siguientes ilustrar la magnitud y las características de aquellos formidables avances técnicos. Pretenden, sí, esbozar algunos de los problemas y riesgos sociales que probablemente derivarán de su aplicación masiva o indiscriminada. Antes de llegar ahí, y para la mejor comprensión del fundamento de nuestros temores, parece importante subrayar algunos de los presupuestos que han acompañado y circunstancias que han rodeado, en sus comienzos mismos, a esos progresos de la informática. Así será más fácil comprenderlos y situarlos adecuadamente dentro del marco más amplio de la comunicación humana.

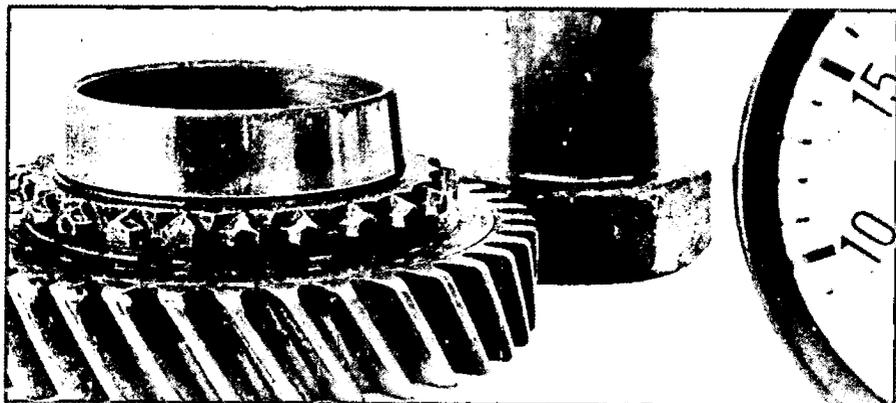
Lo primero a subrayar es el papel pionero y protagónico que en la "industria de la información" han cumplido y cumplen los Estados Unidos de Norteamérica. Otros países, como Japón, R.F.A., Francia e Inglaterra, a pesar del enorme esfuerzo que han venido desplegando por acortar distancias, no han logrado sino una posición secundaria y subalterna. Fue precisamente en la Escuela de Ingeniería "Moore" de Pennsylvania donde en 1946 se accionó el primer computador electrónico del mundo, de gran tamaño y con un consumo de energía suficiente para mover una locomotora (hoy un computador de capacidad equivalente cabe en un bolsillo y cuesta menos de cien dólares). Nacida en los Estados Unidos, la "industria de la información" está allí hoy en plena expansión. Ya en 1970 la información y otras actividades colaterales representaron el 40% del producto nacional bruto de Estados Unidos, más del 40% de su fuerza de trabajo ocupada y algo más del 53% de su masa salarial. Por citar sólo un ejemplo de esa supremacía, Estados Unidos poseía en 1979, con sus 450 bancos y bases de datos, el 90% de la reserva informática mundial.

Una segunda, importante, constatación es la relativa al papel decisivo que tuvo el aparato militar norteamericano como impulsor de la búsqueda de nuevas tecnologías informativas. En ese reto tecnológico estaban empeñadas tanto las instancias militares como las civiles, en estrecha

cooperación. Los cambios en la estructura geopolítica a raíz de la II Guerra Mundial, unidos al proceso de descolonización de la década de los sesenta, exigían mecanismos de substitución que permitieran mantener las relaciones de poder a escala internacional, supuestamente fundadas en razones de seguridad nacional. IBM, General Electric, Westinghouse, ITT, General Motors no sólo producían bienes de uso civil, sino que los mismos eran derivados de la producción de bienes y servicios que respondían a requerimientos expresos de las autoridades militares. Así, por ejemplo, a partir de 1967 proyectos espaciales de uso militar fueron encontrando aplicaciones civiles en los satélites de uso comercial.

Dentro de ese contexto, es preciso enumerar al menos algunos "presupuestos ideológicos" que han acompañado de hecho o que son inherentes al surgimiento y expansión de esas nuevas tecnologías y que además determinan en gran medida los resultados de su aplicación. El primero se refiere a la equivocada concepción que asigna a las tecnologías una suerte de poder mágico que convierte en proceso comunicacional lo que no es sino un mero adelanto en los mecanismos y sistemas de transmisión de informaciones. Las informaciones pasan a ser, por otra parte, un tipo específico de mercancía. Esa concepción parece ignorar además que ninguna tecnología es ideológicamente neutra, sino resultado y refuerzo de una determinada estructura social e, incluso, de una determinada estructura cognoscitiva. La transferencia de cualquier tecnología implica, pues, la transferencia simultánea de las estructuras que la acompañan o que le son inherentes. A todo ello habría que añadir el hecho de que quienes tienen prácticamente el control monopólico de esas tecnologías se muestran renuentes a cualquier tipo de regulación internacional del uso de las mismas y mantienen a ultranza la vieja tesis de la economía liberal que —traducida a términos comunicacionales se conoce como "libre flujo de la información". Esa postura ha venido quedando claramente evidenciada en todos los recientes foros internacionales donde se ha discutido la materia. Para quienes así piensan, la "novedad" del orden informativo mundial viene dada por la novedad de las tecnologías informativas que el mismo incorpore.

Prentendiendo quedar alejados tanto del alarmismo como de la ingenuidad y tomando en cuenta las circunstancias y presupuestos arriba señalados, pasamos a continuación a enumerar algunos de los principales problemas y riesgos que para el progreso de la verdadera democracia muy probablemente se derivarán de la aplicación indiscriminada de tales tecnologías informativas. Problemas y riesgos que afectan ya, en mayor o menor grado, a los hombres de todas las regiones de la tierra, pero que amenazan particularmente a quienes están situados dentro de las fronteras un tanto difusas de lo que se ha venido llamando "tercer mundo".



El desarrollo de la microelectrónica y la computación, aplicadas al campo de la industria, comercio y actividades afines, es al mismo tiempo una esperanza y una amenaza. Por un lado ofrece la perspectiva de un incremento de la productividad y la posibilidad de revitalizar ciertas actividades económicas. Pero por otro lado amenaza agravar el desempleo en algunas industrias y agrandar las brechas estructurales, ya de por sí bastante grandes, incluso en los países industrializados. Es fácil señalar las ventajas de una productividad en aumento debidas a las nuevas tecnologías, pero, si se consiguen esas ventajas a costa de lo que algunos han llamado "desempleo tecnológico", los frutos del cambio serán realmente amargos.

Al margen del problema del desempleo pero dentro todavía del mundo laboral, la utilización de la informática, al acelerar la tendencia a la automatización de las máquinas-herramienta y de las cadenas de producción, derivará obviamente en una descualificación del trabajo. Con la informatización del proceso de producción, el trabajo, desprovisto de su competente intelectual, tiende a convertirse en un trabajo de mera supervisión, sin iniciativa posible para una mayoría cada vez más amplia de trabajadores.

No menos grave es el problema del control y normalización de toda la vida social por parte del todopoderoso ordenador y de quienes lo manejan. Y esto no sólo por la acumulación de informaciones sobre las personas particulares, sino también —y esto es aún más grave— por una acción tendiente a conducir y eventualmente modificar en profundidad los reflejos del cuerpo social, mediante la aplicación de la técnica de los "perfiles sociales" a la gestión de masas en las diferentes poblaciones. A pesar de todo el aparato matemático empleado y de las pretensiones científicas del método, no se trata tanto de analizar más sofisticadamente la realidad social, cuanto de difundir nuevas normas y de que cada ciudadano calque sus actitudes sobre la base de una misma trama normativa. Lo que ciertamente tienen en común las diferentes hipótesis que se manejan en ese tipo de trabajos es el rechazo de toda ruptura con el sistema actual respectivo. Muchos de los estudios sobre el futuro que sirven de base para la elaboración de "perfiles sociales" no son otra cosa que abusivas e interesadas extrapolaciones del presente.

La telemática está llamada también a transformar la enseñanza y, en un sentido más amplio, la cultura toda. Para conversar con los ordenadores, para consultarles, así como para suministrarles informaciones, tenderá progresivamente a imponerse un nuevo tipo de lenguaje (el lenguaje-máquina) que condicionará inevitablemente la forma de pensar y de comunicarse con los demás. La naturaleza, la estructura y los valores de la enseñanza escolar serán profundamente transformados por las máquinas de la autoenseñanza. La "democratización" de la cultura en general no será probablemente sino la banalización de una cultura clasificatoria y fragmentada. Banalización que ya estamos padeciendo a través de los grandes medios de comunicación de masas, aun en aquellos países donde la aplicación masiva de la telemática está todavía lejos de haberse impuesto. El resultado de todo ello será una verticalidad aún mayor que la actual en todos los complejos procesos educativos y de socialización. Y todo ello redundará también en detrimento del pluralismo y de la libre creación de expresiones culturales genuinas, así como en la incapacitación progresiva de más y más personas para participar en la toma de decisiones sobre problemas que afectan a las respectivas colectividades. Como un ejemplo de esta pérdida de oportunidades de decisión y por su especial significado, no queremos dejar de hacer referencia a los nuevos problemas que ya están afectando al libre ejercicio de la profesión periodística, como resultado de recientes innovaciones técnicas dentro del campo de la prensa escrita. El capitalismo convirtió, de hecho y desde siempre, a la información en mercancía. Los avances técnicos en todo el proceso de producción de la prensa refuerzan esa deplorable tendencia mercantilizadora y encierran en límites peligrosamente estrechos las posibilidades para un ejercicio li-

bre de la profesión periodística.

Descualificación del trabajo, desempleo, reducción del pluralismo, monopolio, verticalidad, control social, manipulación, empobrecimiento de la cultura, distorsión y deshumanización del proceso comunicacional. Nadie puede negar razonablemente la inminencia y la gravedad de esos riesgos. Gravedad todavía mayor si, en la medición de los mismos, pasamos de la escala nacional a la internacional.

Fugaz, invisible e imponderable, la información, entendida como "producción" y como "recurso", es internacional y su campo de desarrollo tiene dimensiones planetarias. Las nuevas multinacionales de la información (bancos de datos, satélites, teledifusión, etc.) han venido a sumarse y a dar consistencia a la muy poderosa red de las multinacionales tradicionales. Eficaces y refinadas técnicas de control y de manipulación ideológica están entrando peligrosamente en juego, con el riesgo de que se reduzcan más todavía los ya estrechos márgenes de soberanía cultural y política de los países pobres (y de los no tan pobres). En este sentido resulta altamente sospechoso que quienes siempre se han opuesto a un Nuevo Orden Económico Internacional se opongan ahora también a un Nuevo Orden Informativo Internacional y defiendan la tesis del "libre flujo" de la información. Entre el poderoso y el débil la libertad sólo sirve para oprimir. La invasión informática, no regulada a escala internacional, ofrece perspectivas bien poco halagüeñas para todos aquellos pueblos que aún luchan por subsistir biológica o culturalmente.

No era el propósito de estas reflexiones esbozar una estrategia de "resistencia" frente a esos problemas y riesgos. Pretender oponerse a la automatización y a la informatización en cuanto tales es absurdo y, en todo caso, vano. Una doble tarea fundamental queda sin embargo abierta: el fomento de una creciente actitud de vigilancia, por parte de particulares y colectividades, frente a los medios hegemónicos (de nuevas y antiguas tecnologías) y el desarrollo simultáneo de auténticos medios alternativos, enraizados en la realidad social de cada pueblo.

Una actitud vigilante de cara a las tecnologías informativas —llegadas o por llegar— supondría, entre otras acciones posibles, luchar por el diseño inmediato y la rápida entrada en vigencia de Políticas Nacionales de Comunicación y propiciar en foros internacionales cualificados, con el voto unánime de todos los países que de hecho están al margen de los grandes monopolios informáticos, un Nuevo Orden Informativo Internacional. Es urgente legislar, nacional e internacionalmente, sobre el uso de unas tecnologías que, sin regulación y en manos de la "libre empresa", atentarán seguramente contra la democracia interna y contra la soberanía nacional de la mayor parte de los países del mundo.

Seguimos pensando que, desde la perspectiva de países como Venezuela (donde todavía están vigentes las dependencia externa y el capitalismo como sistema "ordenador" de la economía interna), es urgente —más allá del uso alternativo de cualquier tecnología informativa— el desarrollo de medios de información y de comunicación auténticamente alternativos. Medios alternativos que no se oponen a los avances tecnológicos en sí, sino a la "racionalidad" opresora que los explica y en la que de hecho se insertan. Medios alternativos que no reflejan estructuras sociales injustas ni estructuras cognitivas extrañas. Medios alternativos que surgen como vehículo propio de expresión para las clases sociales que, desde la base, soportan el peso de la pirámide que otros diseñaron. Medios alternativos que responden a las necesidades informativas reales —no a las inducidas— de esas mismas clases sociales. Medios alternativos que tienen la horizontalidad como perspectiva. Medios alternativos que garantizan la posibilidad de ir construyendo una genuina democracia.

